prendió fuego por sus cuatro costados y pasó á cuchillo á todos los religiosos, imitando con esta sangrienta represalia, el ejemplo que antes diera el pueblo de Madrid.

Con espantosa rapidez trasmitióse la chispa á Barcelona, y sin otro motivo que una mala corrida de toros, amotinóse el pueblo, se exaltaron sus instintos revolucionarios, y ébrio de coraje asaltó y prendió fuego á los conventos de frailes, asesinando á cuantos encontró, lo mismo que en Madrid y Reus, sin que los esfuerzos de las autoridades lográran sofocar el motin, ni librar de la muerte á aquellos desdichados.

Acudió inmediatamente á Barcelona el capitan general Llauder con ánimo de castigar tales desmanes, pero amotinado el pueblo, cercó su casa á los gritos de «¡Muera Llauder!» y éste se juzgó dichoso con poder ocultarse en la Ciudadela y huir al dia siguiente á Mataró. Harto debia conocer este general al pueblo barcelonés, pues su segundo, Bassa, que quiso oponerse á la efervescencia de las turbas, tuvo una suerte bien desdichada. Presentóse con fuerzas respetables decidido á ejecutar los castigos que su jefe no habia podido realizar, y más irritado el pueblo al ver su actitud hostil, recorre enfurecido las calles gritando: ¡Muera Bassa! Dispara el castillo de Atarazanas el cañonazo de alarma, acepta el pueblo el combate y corre á las armas. Todo Barcelona se armó en breve tiempo, rodean el palacio del general y las Casas Consistoriales, la tropa no puede contenerlos, y una diputacion del Ayuntamiento y la Milicia sube á exijir á Bassa que ceda ante la tremenda actitud de las masas. Firme el general en su primer propósito contestó con energía: «El pueblo, ó yo dentro de una hora;» cuyas palabras volando con rapidez, bastan para que no conociendo obstáculo la irritada muchedumbre asalte el palacio por todos lados, y penetrando en él asesina al obstinado general, arrojando su cadáver por un balcon á la plaza pública entre gritos de júbilo y alborozo; no contentas aun las turbas, se apoderaron del inerme cadáver, y lo arrastraron por las calles de Barcelona, incendiaron varios edificios, y derribaron hecha mil pedazos la colosal estátua de Fernando VII.

Aquello no era ya un motin, era una verdadera revolucion: amedrentadas las autoridades, no se atrevian á oponer resistencia al pueblo, dueño ya de sus destinos: en medio de todo, sin embargo, continuaron los desórdenes y los estragos. El dia 5 de Agosto, sea movidas por ocultos y envidiosos instigadores, ú obedeciendo á un sentimiento de rencor, acometieron las turbas á la primera fábrica de vapor que se habia establecido en Barcelona, entregándola á las llamas. Otra turba intentó entrar á saco en la Aduana, pero los milicianos acudieron á tiempo para impedirlo, y amedrentar á aquellos salteadores, procedente de lo más bajo del pueblo.

Desde entonces pareció la revolucion tranquilizarse, y tomó un rumbo más noble y majestuoso. Habíase constituido una junta central que se encargó de ejercer la autoridad, y que presentó un proyecto de exposicion á S. M., pidiéndole que se dieran al pueblo mayores garantías, y más ámplias libertades, aunque fundada en el Estatuto. No pareció esto suficiente al pueblo, que elijiendo otros representantes la formuló en otros términos, pidiendo la libertad individual, la igualdad civil, la libertad de imprenta, el derecho de peticion y la reunion de

(c) 2009 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación